

LA ANTESALA DEL CONOCIMIENTO

© Alberto Omar Walls

Su cosmovisión se transparenta en las esculturas, ¿pero cuál es la visión que Francis Viña nos muestra del mundo? Indagador permanente del universo cotidiano se escapa de nuestros límites cotidianos columbrándose más allá de nuestras cercanías. Le preocupa al artista todo aquello que de verdad tiene que ver con la vida y con los muchos elementos que la rodean. Sabemos que lo que tiene vida le llama la atención. Tanto lo que se mueve como lo que aparenta estar en quietud o en silencio. Interiormente está tan despierto a la búsqueda del significado de la cosa observada que sólo le halla su razón al ser profundo, y auténtico, cuando lo vacía o lo hace moverse.

Diríamos que se hubiera angustiado por querer localizar, de una vez por todas, la esencia de la Vida.

El escultor además continúa indagando en los espacios negativos que la forma escultórica le propicia. Muestra la metáfora de las esencias, vaciando la entereza del alma de las cosas y de aquellos elementos que el artista entiende como superfluos. No sólo son espacios que se dejan a propósito sin masa corpórea, especialmente los vacíos orgánicos que pesan en su ausencia. Es decir el complemento de la masa escultórica que se nos presenta. Ese tratamiento del espacio vacío sigue siendo sustancial en el trayecto indagador y en el resultado final de su obra. Dijimos que lo que tiene que ver con la vida, y cómo observa él la creación de las cosas, están presentes en su obra, pero queremos insistir en que Francis Viña reflexiona previamente mucho tiempo antes de plasmar en objeto visible una imagen soñada. Porque los elementos han de nacer, en cierta manera, del territorio donde se fabrican los sueños. Son materias volátiles, ingravidas a veces. Su propia pulidez las hace desvanecerse escapándose de los sentidos. Viña incita a la mirada, esencialmente a la mirada más que al tacto. O el ojo que toca, en una suerte de sinestesia de los sentidos, donde prevalece el poder de la mirada. Aunque su obra comulga con los sentidos humanos, se sublima introduciéndose en el

territorio de lo oculto. El sueño, o lo oculto de ojos abiertos, pero con la reflexión sobre la magia de la existencia.

No nos imaginamos a Francis Viña empeinado con la superficialidad de la madera si no lo llevara, desde la propia materia, a urdir la trama entrelazada de lo que busca representar. Si antes le obsesionaba el tratamiento de la propia materia usada y las urdimbres que la anatomía de la materia le facilitaba, insistiendo en una obsesión romántica, casi pasional, hoy se vuelve mucho más abierto, aunque sólo sea para luego encerrar todos sus hallazgos. Más conceptual y más puro de andamiajes. Más numérico y más exacto, pero por tanto, a la larga, más dudoso. Menos leyes, pero más exigencia personal y, desde luego, más responsabilidades y necesariamente más conciencia interior. Es cierto que la exactitud de los hechos le dará estabilidad, pero lo apartan de poder alcanzar la cazuela de los deseos y beber en su mórbido contenido.

El suyo es el camino del ascetismo o el misticismo. Toda estructura ha de estar ordenada, quizá para luego, muy pronto, desbaratarlo todo y volver a crear. Donde hoy un ojo aparece, antes hubo una hoja. Donde un pie, antes un zapato y más tarde el alma que echaba a andar el cuerpo por el mundo. Y son inevitables las esferas que se abrazan o chocan en alguna parte del universo. Se trata de la vésica picis, lo Uno que se reparte en sus hijuelos y recrea una vorágine de símbolos y

significaciones. Escribimos en otra exposición anterior que la semilla creativa del artista se vacía en los árboles... cerrándose en un ciclo vitalista donde lo funcional procede del vacío. Y del placer. Pero la transformación de esas semillas estéticas, desde las que partía Francis Vina, también se vaciaban en nuevas formas que habitaban en la imaginación ya conformada del espectador. Las semillas y volúmenes despertarán esencias metafóricas. La semilla se vaciará en la forma que deviene en árbol, ramas, follaje, hojas o resinas.

En aquellos momentos se trataba de que reflexionáramos sobre las potencialidades del vacío. Ahora el vacío busca ordenar las cosas en la antesala de la creación, el origen de las estructuras en el taller donde se han gestado las ideas. Donde se ha creado todo lo que tiene y genera vida, propiciado desde el movimiento estático del conocimiento cósmico. Vésica significa vejiga, por lo que vésica piscis es la vejiga del pez, tratándose de la expresión más primitiva del nacimiento de la vida, siendo su representación, implícita en cualquiera de sus manifestaciones materiales, las ocultas geometrías místicas que conforman nuestras vidas. Su representación más sucinta es la de dos circunferencias superpuestas y cruzadas en sus centros con unas proporciones perfectas. Es en sí mismo como el primer día de la Creación o la estructura metafísica que se halla detrás de la Luz. Nuestro

artista sabrá bien que por ahora sería arriesgado hollar en un camino sin salida, por empeñarse en querer medir la razón profunda de las cosas usando la simple razón humana, para dilucidar el enigma del universo a partir sólo de haber medido las proporciones geométricas. Aunque también es cierto que la vésica piscis está presente en cientos de lugares, en la Plaza de San Pedro, en todos los panteocrator de las iglesias, en cualquier flor, sea o no de loto, abierta como una vagina cósmica, o en todos los yin y yang, masculinos y femeninos congregados en conjunción unitaria. Es sobre todo, la vésica piscis, el símbolo de la puerta de origen de los volúmenes y estructuras. Siendo las esculturas tiempo y espacios humanos el artista incita al espectador a cejar en su actitud pasiva, contemplativa, invitándolo a intervenir en la cinética de la obra aparentemente detenida en la antesala.

Viña juega con las claves geométricas enigmáticas que nos rodean y se relacionan con nosotros, estando abierto a la sorpresa que el experimento de la búsqueda le depara, sin atreverse aún a horadar las entrañas del código que, por ser metafísico, permanece aún atrapado en la magia. Estamos seguros que le sorprenderá la estructura que subyace tras las apariencias, pero la propia matemática no es sino un método o la abstracción que lo acerca al enigma, pero que no lo resuelve.

Le emocionará el código y, quizá, sobre todo, el enigma que lo sustenta.

La figura humana y lo vegetal se fusionan materializando en madera sus pasiones y sentimientos. Las ansias y temores, con sus pensamientos que buscan hallar el comienzo de las cosas. Todo ello mostrado en un acabado sutil, donde la puesta en escena se asienta sobre lo bello, que es el reflejo del espíritu que palpita vivo en su interior. Como si ninguna mano hubiese tocado la figura, sino que ella hubiera surgido espontánea y vital traída directamente desde la sabia geometría que subyace oculta tras todas las cosas creadas, hasta el plano existencial de nuestra cotidiana vida urbana.

Así es, Francis Viña en la antesala del conocimiento...